

TÍTULO DE LA PUBLICACIÓN:	<i>Un rastro de sirena</i>
AUTOR:	José Luis Correa
FECHA:	2009
LUGAR DE EDICIÓN:	Las Palmas de Gran Canaria
EDITORIAL:	Alba
IDIOMA:	Español
AUTOR DE LA RECENSIÓN:	Francisco J. Quevedo García

Es una trampa, les advierto. Comenzar a leer las primeras líneas de *Un rastro de sirena* —«Al principio, el muchacho pensó que se trataba de un remolino de algas de las que el mar despide con frecuencia» (p. 7)— es caer sin remedio en el vértigo veloz de una trama de suspense que nos mantiene en vilo hasta los coletazos finales, nunca mejor dicho tratándose de sirenas por medio. En verdad, ya lo suponíamos —al fin y al cabo, una de las características que definen las novelas negras de José Luis Correa es el realismo, que en ocasiones deviene en hiperrealismo de claras trazas sociológicas y críticas— no se trata de una sirena, sino del cuerpo de una atractiva mujer a la que han seccionado en dos, descubriéndose de ella sólo la parte superior, en la que quedan restos de un enigmático tatuaje, que va a ser una de las claves del relato.

El caso llega a las manos de Ricardo Blanco, el singular detective inventado por Correa desde que inició en 2003 con *Quince días de noviembre* su exitosa singladura en la novelística negra, continuada con *Muerte en abril* (2004) y *Muerte de un violinista* (2006), y que ha alternado con buen criterio y con sobresalientes resultados con otras facetas narrativas; así la histórica en *La hija del naufrago. El último viaje del «Alfonso XII»*, o las de temática intimista y de hondura psicológica, como podemos observar, entre otras obras, en *Me mataron tan mal* (Premio Benito Pérez Armas, 2000) y *Échale un ojo a Carla* (Premio Vargas Llosa, 2002), reeditada en 2008 por la editorial Almuzara con el título de *Una canción para Carla*.

A partir de la presencia en escena de Ricardo Blanco la maquinaria de la investigación en *Un rastro de sirena* se pone en marcha, y con ella una sucesión de acontecimientos que desembocan en una peligrosa historia en la que adquiere esencial protagonismo el mundo sórdido de las mafias que operan en el sur de la isla de Gran Canaria. Su campo de acción va desde el mundo de la trata de blancas, de la prostitución, al de la droga; por lo que se infiere que en la novela transitamos por terrenos ciertamente muy comprometedores. De hecho, aunque el

mundo de la marginalidad casi por definición sea una seña identificativa de la novela negra, apreciamos que en este último libro que tiene como protagonista a Ricardo Blanco se ha acrecentado con eficacia el componente de introspección por el envés de la sociedad. Correa añade al texto una dura carga de crítica social, entreverada por el sarcasmo que está hilvanado en la condición ética de la vida que manifiesta su peculiar detective.

Hemos hecho hincapié en el realismo, incluso hiperrealismo, que se evidencia en *Un rastro de sirena*. Esto nos hace recalcar en la capacidad del autor para retratar pormenorizadamente los espacios, los ambientes, en los que se van desarrollando las peripecias de la narración. Hay que subrayar al respecto que la producción de José Luis Correa se ha caracterizado por dotar a la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, y por extensión a la isla —como se demuestra en este texto que extiende sus ramificaciones más allá del casco urbano—, de identidad literaria. Sin complejos frente a otras capitales de mayor calado demográfico y con más proyección internacional —véase sobre todo la presencia de Madrid y Barcelona dentro de la creación negra española—, José Luis Correa ha hecho suya la máxima de que la novela puede germinar en cualquier territorio y que, en especial, la negra, asociada por cuestiones socioeconómicas a las grandes ciudades —paradójicamente, en el mundo occidental conviven en éstas desde la opulencia a las enormes bolsas de marginalidad—, tiene en Las Palmas de Gran Canaria un escenario ideal que él conoce como la palma de su mano exhibiendo un admirable poder de observación. No nos referimos con esto sólo a un conocimiento físico de la ciudad y de la isla, sino fundamentalmente a la sabiduría que ejerce para recrear la idiosincrasia ciudadana e isleña a través de sus gentes y de sus hábitos. Las descripciones naturalistas de los garitos nocturnos, donde se cuece el negocio sórdido que da pie a la trama, son de una fidelidad manifiesta; pero no les van a la zaga aquellas otras descripciones de ambientación popular, como la del carnaval. No en vano, la historia tiene lugar en medio de estas fiestas donde el juego de la realidad y la apariencia simboliza una metáfora de la propia vida de esas chicas sometidas a la prostitución. No es casual en la novela la imagen de la sirena cortada en dos y del entierro de la sardina.

Descuella, no obstante, dentro de esta faceta descriptiva de personajes, costumbres y ambientes isleños, una figura —a nuestro juicio uno de los aciertos más notables del conjunto de las novelas de Ricardo Blanco—: su abuelo Colacho Arteaga. Es un anciano dedicado al artesano oficio de calafate, un hombre mayor pero aún entero físicamente y al cual los años han dotado de una experiencia que le ha hecho aumentar la cautela, el sentido común, la intuición y la socarronería; elementos que se perfilan como arquetípicos de una clase muy estimada de ser insular.

José Luis Correa, aparte de la trama siniestra que genera *per se* un interés creciente, emplea una serie de técnicas que concluyen en una obra en la que el di-

namismo, la agilidad textual, se convierte en uno de sus baluartes más firmes. La narración adquiere tintes cinematográficos, a través de las diferentes alusiones a los clásicos del séptimo arte y, sobre todo, a la concepción estructural del relato, cuya historia se va engarzando secuencialmente con sucesos que van acaeciendo en un proceso de tiempo lineal que favorece mucho la acción.

No es fácil contar una historia de acción. Para tal fin José Luis Correa maneja a conciencia, entre otras técnicas como la citada estructura temporal, las frases breves y concisas, en un estilo sobremano legible; los verbos de movimiento que imprimen animación; los diálogos tanto externos como internos que se insertan en párrafos cortos; así como las interrogaciones retóricas que funcionan como especulaciones mentales que el detective se va haciendo mientras lleva a cabo la investigación, pero también como preguntas directas a los lectores que son directamente implicados en la averiguación detectivesca.

La novela negra es hoy en día, a nadie se le escapa, una de las tendencias de este género más en boga, con un número mayor de adeptos tanto en el campo de los autores como de los lectores. Esto ha conducido irremediamente a la clonación; es decir, a la repetición de moldes y fórmulas ya establecidos anteriormente. Por ello es muy difícil la novedad en este ámbito y por ello, precisamente, nos resulta muy valorable la original contribución que José Luis Correa continúa aportando a la novela negra española con *Un rastro de sirena*, la última entrega —por ahora— de la serie de Ricardo Blanco.